

La espuma de los días

La verdad sobre el bombardeo de la Biblioteca Menéndez Pelayo

José de la Colina

De rabia que le teníamos a Alfonso XIII y a toda la pandilla monárquica —contaba mi padre Jenaro de la Colina—, unos amigos que éramos mozos de taller tipográfico, que apenas habíamos dejado de ser chiquillos (yo tenía unos quince años) y ya cotizábamos a la CNT (la confederación anarcosindical española), pero que por entonces teníamos más corazón anarquista que sindicalista, planeamos un acto de terrorismo contra la monarquía. Eso fue en 1923, cuando se anunció que el “Alfonzonzo”, con solemne comitiva de militares y curas, vendría a Santander a inaugurar la Biblioteca Menéndez Pelayo.

Ideamos un plan para bañar de mierda al monarca y a su comitiva, y entre otros especialmente a Antonio Maura, un político monárquico fantochón al que casi le teníamos más rabia que al rey, porque en las Cortes se había responsabilizado de la represión de los obreros cuando la Semana Trágica de Barcelona (aquella por la que en Montjuic fusilaron a Ferrer, el revolucionario de la educación en España). Y resultaba que este Maura iba a hablar en la inauguración de la biblioteca como presidente que era de la Real Academia Española, famoso por su oratoria retoricóna.

Empapados de Bakunin y Verne, habíamos concebido, discutido y más o menos establecido un plan que consistía en elevar sobre el lugar, en el momento del majestuoso acontecimiento, unos globos aerostáticos que llevaran colgadas barquillas llenas de mierda, y, tirando nosotros de un hilo *ad hoc*, volcaríamos las barquillas que derramarían el excremento contenido sobre los ilustres y pintiparados personajotes. Estaba bien preparado nuestro intento de *propaganda por el acto*: visitamos las montañas de Santander, hicimos



Biblioteca Menéndez Pelayo, Santander, España

planos del terreno, calculamos el peso del contenido de las barquillas y previmos posibles direcciones de los vientos de modo de determinar el posible impacto de nuestros globos bombarderos.

Logramos hacer un sólo globo, de papel, bastante grande para cargar con ocho o diez kilos de mierda. Era contrahecho, con muchos remiendos que dejaban escapar hilillos de humo. Difícilmente se levantaba algo del suelo con su barquilla de cartón, pero al menos por su apariencia era un *aerostato* con todas las reglas, según un chaval a quien por trabajar en cosas de mecánica automovilística habíamos elegido nuestro experto en aeronáutica.

Gozábamos por adelantado del “acto” y hasta habíamos redactado la gacetilla para la *Soli*, nuestro periódico *Solidaridad Obrera*, e iba algo así como:

“El 23 de agosto, en Santander, un heroico grupo de jóvenes compañeros, hijos del gran pueblo trabajador, arriesgando la vida frente a los genizaros del capital, del clero, de la monarquía y del ejército, en un acto simbólico pero valiente, y por medio de un ingenioso dispositivo, fruto de su industria e ingenio, realizaron la hazaña de bañar de excremento al rey y su caterva de socios, que huyeron despavoridos sin

justificación alguna, pues no hacían más que recibir en sus tristes personas algo de lo mismo de que están hechas”.

Pero finalmente nada se llevó a cabo, salvo la ceremonia de marras, porque ninguno de nosotros fue tan guapo como para ponerse a juntar excremento o producirlo en la cantidad prevista, de modo que, ¡vaya debut de terroristas!, el contrahecho globo se lo llevó a casa uno de nosotros (no recuerdo quién) en recuerdo de la hombrada soñada. Y todavía mucho tiempo después Trujillo, que había sido, digamos, el arquitecto del globo, contaba a otros exiliados, en México, en el Café Madrid, la “global” aventura como si de verdad se hubiera realizado, y además ampliada a dimensiones de epopeya, no sólo porque dizque habíamos lanzado sobre la caterva monárquica diez o veinte globos con sus cargas de mierda, sino porque, además, después de realizar aquel acto glorioso, habíamos tenido que evadir heroicamente a los genizaros de la corona, huyendo a la montaña donde habríamos vivido unas semanas como pielrojas.

Esto fue antes del golpe de Estado de Primo de Rivera y del comienzo de su Dictablanda, que dicta sí fue, pero blanda no tanto. **u**